

ENSAYO

Las Raíces Marxistas del Estalinismo *

Leszek Kolakowsky **

El autor expresa así las preguntas que intenta responder en este artículo: "¿Fue (o es) la ideología específicamente estalinista que se diseñó para justificar en el pasado (o ahora) el sistema estalinista una interpretación legítima (aunque tal vez no la única posible) de la filosofía marxista de la historia? Esta es la versión más suave de mi pregunta. La más fuerte es: ¿Acaso todo intento por aplicar los valores básicos del socialismo marxista tendería a generar una organización política de características indudablemente análogas a la estalinista?".

¿Cuáles son las Preguntas que Hacemos y Cuáles las que no Hacemos?

Si preguntamos: "¿Cómo estaban relacionados el sistema de poder y la ideología estalinista con el marxismo?", la mayor dificultad reside en la forma adecuada de plantear la pregunta. Nuestra pregunta puede ser expresada, y de hecho lo ha sido, en diferentes formas; algunas de ellas no se pueden contestar o no tienen asunto y otras son retóricas, por cuanto las respuestas parecen obvias.

Una pregunta que no se puede contestar, es, por ejemplo, "¿qué habría dicho Marx si hubiera vivido y visto incorporadas sus ideas al sistema soviético?" De haber sobrevivido, no hay

* Traducido de la versión inglesa publicada en Robert C. Tucker: *Stalinism*, New York, Norton and Company, 1977.

** Leszek Kolakowsky fue profesor de filosofía en la Universidad de Varsovia. Fue expulsado de su patria por razones políticas en 1968. En la actualidad enseña en la Universidad de Oxford. Su obra más importante, traducida del polaco al inglés, es *Main Currents of Marxism* (3 volúmenes), Oxford: Oxford University Press, 1978.

duda que habría cambiado. Si por milagro resucitara ahora, su opinión acerca de cuál es la mejor interpretación de su filosofía sería sólo una opinión entre muchas, pudiendo fácilmente ser dejada de lado, basándose en el supuesto de que un filósofo no es necesariamente infalible al analizar las implicaciones de sus propias ideas.

Veamos ahora algunos ejemplos de preguntas cuyas respuestas resultan obvias y que difícilmente requieren de mayor discusión: "¿Fue el sistema estalinista causado por la teoría marxista?" "¿Podemos encontrar en los textos de Marx juicios de valor implícitos o explícitos que se opongan al sistema de valores establecido en las sociedades estalinistas?" La respuesta a la primera pregunta es sin duda negativa, ya que jamás ninguna sociedad ha sido íntegramente engendrada por una ideología ni podría ser explicada por las ideas de quienes contribuyeron a originarla, y cualquiera es suficientemente marxista como para reconocer esto. Todas las sociedades reflejan en sus instituciones muchas de las ideas —generalmente contradictorias— de sus creadores o miembros acerca de la constitución de esta sociedad. Sin embargo, ninguna ha sido simplemente gestada por estas ideas tal como fueran concebidas antes de su existencia, y el hecho de pensar que una sociedad pudiera surgir alguna vez íntegramente de una utopía (o **kakatopia**) equivaldría a creer que las comunidades humanas son capaces de liberarse de su pasado. Esta es una afirmación trivial, y puramente negativa, además. Las sociedades siempre han sido moldeadas por la imagen que se forman de sí mismas, pero esta dependencia ha sido siempre sólo parcial.

La respuesta a la segunda pregunta es sin duda positiva, aunque ajena a nuestro problema. Fácilmente podríamos ver que Marx nunca escribió nada respecto de que el reino socialista de la libertad consistiría en el gobierno despótico de un partido; tampoco estaba en contra de las formas democráticas de vida social; esperaba que el socialismo aboliera la coerción económica y, además, aunque no por contraste, la coerción política, etc. Si esto es cierto, también es cierto que podrían existir razones lógicas para estimar que su teoría implica consecuencias incompatibles con los juicios de valor que declara, o bien que circunstancias empíricas impidieron que su teoría fuera puesta en práctica en forma muy diferente a la que realmente sucedió. No hay nada extraño en que los programas políticos y sociales, las utopías y las profecías tengan un resultado no sólo diferente, sino que considerablemente opuesto a la intención de sus autores; algunas relaciones empíricas, desapercibidas o no consideradas previamente, hacen posible la ejecución parcial de la utopía en detrimento de otros aspectos. Esta es nuevamente una trivialidad de sentido común; la mayor parte de lo que aprendemos en la vida es qué valores son compa-

tibles y qué valores son excluyentes; muchos utopistas son simplemente incapaces de reconocer que existen valores incompatibles. La mayoría de las veces, esta incompatibilidad es empírica, no lógica, y por esta razón sus utopías no son necesariamente contradictorias en términos lógicos, sólo impracticables debido a la naturaleza del mundo.

De este modo, al discutir la relación existente entre estalinismo y marxismo, descarto por irrelevantes las siguientes expresiones: "Esto haría que Marx se revolcara en su tumba"; "Marx estaba en contra de la censura y a favor de las elecciones libres", etc., sin importar si tales expresiones pueden ser o no ratificadas inequívocamente (lo que resulta dudoso en el caso de la primera expresión).

Lo que me interesa estaría mejor expresado de otro modo: ¿Fue (o es) la ideología específicamente estalinista que se diseñó para justificar en el pasado (o ahora) el sistema estalinista una interpretación legítima, aunque tal vez no la única posible de la filosofía marxista de la historia? Esta es la versión más suave de mi pregunta. La más fuerte es: ¿Acaso todo intento por aplicar los valores básicos del socialismo marxista tendería a generar una organización política de características indudablemente análogas a la estalinista? Me inclino por una respuesta afirmativa a ambas preguntas, consciente de que contestar "sí" a la primera pregunta no implica, en consecuencia, un "sí" a la segunda (evidentemente, no hay contradicción en sostener que el estalinismo fue una de las diversas variantes admisibles del marxismo y negar que la misma filosofía marxista favoreciera esta versión particular más que otra cualquiera).

¿Cómo se Puede Identificar el "Estalinismo"?

Realmente tiene poca importancia si usamos el término "estalinismo" para referirnos al bien localizado período del despotismo unipersonal en la Unión Soviética (es decir, aproximadamente de 1930 a 1953) o para abarcar cualquier sistema que presente características manifiestamente similares. No obstante, no constituye un problema terminológico el hecho de determinar en qué medida el Estado soviético postestalinista y el Estado de tipo soviético son esencialmente extensiones del mismo sistema. Sin embargo, existen razones por las cuales resulta más conveniente el concepto abstracto y menos histórico que destaca la continuidad del sistema.

Podemos definir el "estalinismo" como una sociedad totalitaria (casi perfecta) basada en la propiedad estatal de los medios de producción. Y estoy usando el término "totalitario" en el sentido comúnmente empleado, significando así un sistema político donde todos los vínculos sociales han sido íntegramente reemplazados por una organización impuesta por el

Estado y donde, por consiguiente, todos los grupos e individuos deben perseguir sólo los objetivos de tal Estado, tal como son definidos por éste. En otras palabras, el sistema totalitario ideal consistiría en la total destrucción de la sociedad civil, visto que el Estado y sus instrumentos de organización son las únicas formas de vida social; todo tipo de actividad, ya sea económica, intelectual, política o cultural, es permitida y ordenada (la diferencia entre lo permitido y lo ordenado tiende a desaparecer) sólo en la medida en que esté al servicio de los objetivos del Estado (nuevamente tal como son definidos por éste). Todos los individuos (incluyendo a los mismos gobernantes) son considerados propiedad del Estado.

El concepto así definido —y creo concordar con la mayoría de los autores que tratan el tema— requiere de unas pocas observaciones explicativas.

En primer lugar, parece claro que para lograr la forma perfecta, el principio totalitario de organización requiere el control estatal de los medios de producción; en otras palabras, que no podrá alcanzar su modelo ideal un Estado que deja sectores importantes de la actividad productiva y de la iniciativa económica en manos individuales y, en consecuencia, segmentos de la sociedad económicamente independientes del Estado. Por consiguiente, el totalitarismo tiene mayores posibilidades de lograr su ideal dentro de una economía socialista.

En segundo lugar, debe hacerse hincapié en el hecho de que nunca ha existido un sistema totalitario absolutamente perfecto; conocemos, sin embargo, sociedades con una tendencia inherente —bastante fuerte y constantemente activa— a "nacionalizar" todas las formas de vida individual y pública. La sociedad china y la soviética están o estuvieron en ciertos períodos muy cerca del ideal; lo mismo ocurrió en la Alemania nazi, a pesar, incluso, de que no duró lo suficiente como para desarrollarse del todo, contentándose con subordinar coercitivamente la actividad económica a los objetivos estatales en vez de racionalizarlo todo. Hay otros estados fascistas que estaban (o están) muy por detrás con respecto a Alemania en tal dirección; los estados socialistas europeos tampoco han alcanzado jamás el nivel soviético de totalitarismo, a pesar de movilizarse constante y aún activamente en esa dirección.

Es poco probable que la "entelequia" del totalitarismo llegue alguna vez a funcionar en su forma perfecta. Existen formas de vida que resisten obstinadamente el impacto del sistema; entre ellas, las relaciones familiares, emocionales y sexuales, que fueron sometidas a todo tipo de presiones estatales, aunque aparentemente nunca con pleno éxito (al menos en el Estado soviético; tal vez en China el resultado fue mejor). Así, es la memoria individual y colectiva la que el sistema totalitario trata constantemente de aniquilar, mediante la reformulación,

redacción y falsificación de la historia, de acuerdo a las necesidades políticas presentes. Es obvio que resulta más fácil nacionalizar las fábricas y el trabajo que los sentimientos, fomentar esperanzas que recuerdos. La resistencia a que el Estado sea dueño del pasado histórico constituye parte importante de los movimientos antitotalitarios.

En tercer lugar, la definición mencionada implica que no todo sistema de gobierno terrorista o despótico es necesariamente totalitario. Algunos, incluso los más sangrientos, suelen tener objetivos limitados y no necesitan absorber todas las formas de actividad humana dentro de los objetivos estatales. Las peores formas de gobierno colonial en los peores períodos, generalmente no fueron totalitarias; su objetivo era explotar a los países subyugados y, dado que muchos ámbitos de la vida resultaban indiferentes desde tal punto de vista, bien podían permanecer más o menos inalterados. A la inversa, un sistema totalitario no necesita usar permanentemente métodos terroristas de opresión.

El totalitarismo, en su condición perfecta, es una forma extraordinaria de esclavitud sin amos. Convierte a todos los hombres en esclavos, y con ello ostenta ciertas características igualitarias.

Ciertamente estoy consciente de que en último tiempo ha habido una tendencia cada vez mayor a referirse al concepto de totalitarismo y a la misma validez de éste como a una teoría "pasada de moda" o "desacreditada". Sin embargo, no estoy familiarizado con ninguno de los análisis conceptuales o históricos que efectivamente la desacreditan, en oposición a los muchos análisis anteriores que la justificaban. (De hecho, Proudhon pronosticó que en el comunismo los individuos pertenecerían al Estado; más tarde, fueron tantos los autores conocidos que confirmaron que así había realmente sucedido en la sociedad soviética —empleando o no el término "totalitarismo"—, que resultaría pedante mencionarlos aquí).

Principales Etapas del Totalitarismo Estalinista

La variedad soviética de sociedad totalitarista maduró durante largos años antes de alcanzar su grandeza. Bastará con mencionar brevemente las conocidas y principales etapas de su desarrollo.

Durante la primera etapa se eliminaron las formas básicas de la democracia representativa: parlamento, elecciones, partidos políticos y prensa libre.

La segunda etapa (que ocurrió simultáneamente con la primera) es conocida con el engañoso nombre de "comunismo de guerra". El término sugiere que las políticas de este período eran consideradas como medidas temporales y excepcionales

para hacer frente a las monstruosas dificultades impuestas por la guerra civil y la intervención. En realidad, fácilmente podemos deducir de relevantes obras de sus líderes —especialmente, Lenin, Trotsky, Bukharin— que todos consideraban tal política económica (abolición del libre comercio, requisiciones coercitivas del "excedente" —es decir, de lo que los líderes locales consideraban como excedente— de los campesinos, racionamiento universal, trabajo obligatorio) como un logro permanente de la nueva sociedad, aunque esta política fue abandonada más tarde debido al desastre económico que causara y no porque ya no existieran las condiciones de guerra que la habían forzado. Tanto Trotsky como Bukharin afirmaban vehementemente que el trabajo obligatorio constituía una parte orgánica de la nueva sociedad liberada.

Hubo importantes elementos del orden totalitario establecidos durante este período que persistieron y pasaron a constituir componentes permanentes de la sociedad soviética. Entre éstos se encuentra, en primer lugar, la destrucción de la clase obrera como fuerza política (abolición de los soviets como expresión independiente de la iniciativa popular; término de los sindicatos independientes y de los partidos socialistas). Otro ejemplo los constituye la supresión —no definitiva aún— de la democracia en el partido mismo (prohibición de la actividad faccional). Durante la era de la NPE (Nueva Política Económica), los rasgos totalitarios del sistema fueron cada vez más fuertes, no obstante estar permitido el libre comercio y pese a que la mayoría de la sociedad, es decir, los campesinos, disfrutaban de independencia económica con respecto al Estado. Tanto en un sentido político como cultural, la NPE significó una creciente presión del Estado (cuyo dueño era el partido) sobre todos los centros de iniciativa que aún no le pertenecían (o de los cuales el Estado era propietario sólo en un 50%), a pesar de que sólo en etapas posteriores de desarrollo se alcanzaría pleno éxito en este aspecto.

La tercera etapa fue la colectivización coercitiva, que significó la destrucción de la última clase social aún no nacionalizada y dio al Estado poder absoluto para controlar la vida económica (lo que no significó, naturalmente, que ello permitiría al Estado establecer una verdadera planificación central económica; no fue así).

En la cuarta etapa, el propio partido, como fuerza potencial (aunque ya no real), fue destruido en purgas. No se trata de que en el partido sobrevivieran algunas fuerzas rebeldes efectivas, sino que muchos de sus miembros, en especial los más antiguos, mantenían su lealtad a la ideología tradicional del partido. De este modo, a pesar de ser muy disciplinados, se les hizo sospechosos de dividir su lealtad entre el líder presente y el sistema de valores ideológicos heredado; en otras palabras,

de ser potencialmente desleales al líder. El partido debía aprender qué ideología es aquella que el líder define como tal en un determinado momento, y las masacres hicieron muy bien su trabajo; tal fue la labor de un **Führer** ideológico, y no de un demente.

E1 Rostro del Estalinismo Maduro

El resultado de este proceso —cuyas etapas fueron deliberadamente decididas y organizadas, a pesar de no haber sido todas planificadas con anticipación— fue una sociedad subyugada en su totalidad al Estado, bastante similar al ideal de unión perfecta, y reforzada por el partido y la policía. Su integración era idéntica a su desintegración; estaba perfectamente integrada en el sentido de que todas las formas de vida colectiva se subordinaban íntegramente a un centro de gobierno y eran impuestas por éste; y estaba perfectamente desintegrada por la misma razón: la sociedad civil prácticamente había sido destruida, y los ciudadanos en todas sus relaciones con el Estado se enfrentaban al sistema omnipotente como individuos aislados y sin poder. La sociedad estaba reducida a la condición de un "saco de papas" (para usar la expresión de Marx, refiriéndose a los campesinos franceses en el **Dieciocho de Brumario**).

Esta situación —un organismo estatal unificado que se enfrenta a individuos atomizados— define las características más importantes del sistema estalinista tan conocidas y ya descritas en mis libros. A continuación mencionaré brevemente algunas de ellas, las más relacionadas con nuestro tema.

En primer lugar, la abolición de la ley. La ley subsistió, sin duda, en la forma de reglas de procedimiento en asuntos públicos. Sin embargo, fue completamente abolida (y nunca restaurada) con respecto a reglas que en algún punto podían limitar la omnipotencia del Estado en su trato con los individuos. En otras palabras, la ley no debía restringir el principio de que todos los ciudadanos son propiedad del Estado. En sus aspectos fundamentales, la ley totalitaria debe ser vaga e imprecisa, de manera que su efectiva aplicación dependa de las decisiones arbitrarias y mutables de las autoridades ejecutivas y, de este modo, cualquier persona pueda ser considerada criminal prácticamente en cualquier momento. Ejemplos notables han sido siempre los crímenes políticos tal como aparecen definidos en los códigos penales, y que son interpretados de tal manera que es prácticamente imposible que un ciudadano no cometa crímenes casi todos los días. El proceso de tales crímenes o el grado de terror empleado constituyen materia de decisión política de los gobernantes. En este aspecto nada ha cambiado en el período postestalinista: tanto la transición del terror masivo al selectivo como la mejor observancia de las

reglas de procedimiento son irrelevantes frente a la persistencia de la ley característicamente totalitaria, toda vez que no limitan el efectivo poder del Estado sobre las vidas de las personas. Efectivamente, la gente puede ser encarcelada por contar chistes políticos; los hijos pueden ser separados de sus padres si éstos son incapaces de educarlos en el espíritu comunista (cualquiera sea su significado), como es su deber legal. La ilegalidad totalitaria no reside en el hecho de que se tomen medidas totalitarias en cualquier momento y en cualquier lugar, sino en que los individuos no tienen ninguna protección legal contra las formas de represión que el Estado quiera usar en un momento determinado; es la desaparición de la ley como instrumento mediador entre el Estado y el pueblo y su transformación en un expediente del Estado enteramente manejable. A este respecto, el principio estalinista aún no ha sido abolido.

En segundo lugar, la autocracia unipersonal. Esta parece haber sido el resultado natural y "lógico" del principio de unidad perfecta que fuera la fuerza propulsora en el desarrollo del Estado totalitario. Para alcanzar su forma definitiva, tal Estado requería de un solo líder dotado de poder ilimitado. Ello parecía implícito desde la misma fundación del partido leninista, en concordancia con la frecuentemente citada profecía de Trotsky (que luego sería olvidada por el profeta) en 1903. El progreso del sistema soviético en los años veinte consistió en la reducción gradual del foro en que podían expresarse los conflictos de intereses, ideas y tendencias políticas: durante un corto período, éstos aún podían expresarse públicamente en la sociedad; luego su campo de expresión se trasladó al partido; más tarde a la sección del partido, al Comité Central y finalmente al Politburó. Sin embargo, dado que se impediría la expresión de las fuentes de conflicto —aunque éstas aún no serían erradicadas—, Stalin planteó su bien fundado argumento respecto de que si se permitía que continuaran las tendencias conflictivas, incluso en ese reducido comité político, éstas transmitirían la presión de los conflictos de intereses aún vigentes dentro de la sociedad civil. Así se explica que no pudiera consumarse la destrucción de la sociedad civil mientras pudieran expresarse las diferentes tendencias o bandos, incluso en el órgano supremo del partido.

En este aspecto, los cambios ocurridos en el sistema soviético después de Stalin —transición de una tiranía personal a una oligarquía— parecen ser lo más sobresaliente. Fueron éstos el resultado de la irremediable contradicción inherente al sistema: la perfecta unidad de liderazgo —tal como lo requería el sistema y encarnada en un despotismo personal— parecía incompatible con las necesidades de seguridad mínima de los demás líderes.

Bajo el gobierno de Stalin, éstos fueron reducidos a las mismas precarias condiciones de esclavo de todos y los grandes privilegios con que contaban no los protegerían de una repentina caída, encarcelamiento o muerte. El gobierno oligárquico, después de Stalin, pasó a ser una especie de pacto de seguridad mutua en la organización del partido. Este contrato, comprendiendo su aplicación efectiva, se opone al principio de unidad. En este sentido bien puede decirse que las décadas posteriores a la muerte de Stalin representaron un estalinismo enfermizo.

No es cierto, sin embargo, que la sociedad soviética, incluso en sus peores períodos, haya sido alguna vez gobernada por la policía. Stalin gobernó al país, y al partido mismo, con la policía, pero lo hizo como líder del partido y no como jefe de policía. El partido —que por un cuarto de siglo se identificara con Stalin— no ha perdido nunca su poder omnímodo.

En tercer lugar, el sistema de espionaje universal como principio de gobierno. Incitar y obligar a la gente a espionarse no constituía, evidentemente, un medio de defensa útil para el Estado contra grandes peligros, sino más bien la forma en que éste forzaba hasta el extremo el principio mismo del totalitarismo. Como ciudadanos, éstos debían vivir en una perfecta unidad de objetivos, deseos y pensamientos, todos expresados por boca del líder. Como individuos, debían odiarse entre sí y vivir en una hostilidad mutua y permanente. Sólo así el aislamiento entre los individuos podría alcanzar la perfección. En efecto, el inalcanzable ideal del sistema parece haber sido una situación donde todos los ciudadanos fuesen simultáneamente reclusos de un campo de concentración y agentes de la policía secreta.

En cuarto lugar, la aparente omnipotencia de la ideología. En todas las discusiones sobre estalinismo, éste es el punto en que surgen mayor confusión y conflictos. Podemos observarlo al seguir el intercambio de opiniones sobre el tema entre Solzhenitsyn y Sakharov, respectivamente. El punto de vista del primero es aproximadamente el siguiente: todo el Estado soviético, tanto en política interna como externa, en asuntos económicos como políticos, se encuentra bajo el aplastante gobierno de la falsa ideología marxista, y es esta ideología la responsable de todos los desastres de la sociedad y del Estado. Sakharov responde que la ideología oficial del Estado está muerta y que nadie la toma ya en serio; por consiguiente, es absurdo imaginar que constituya una fuerza real que guíe y formule políticas prácticas.

Parece que, dentro de ciertas restricciones, ambas observaciones son válidas. El punto es que el Estado soviético ha tenido desde su mismo origen una ideología en sus cimientos como único principio de su legitimidad. Es cierto, sin duda, que el

partido bolchevique se incautó del poder en Rusia bajo banderas ideológicas carentes de contenido específicamente socialista, menos aún marxista ("Paz y Tierra para los Campesinos"). Pero estableció su gobierno monopólico basado en principios ideológicos leninistas, es decir, como un partido que por definición era el único vocero legítimo de la clase obrera y de todas las "masas trabajadoras", de sus intereses, voluntad y deseos (así fueran éstos desconocidos para las mismas masas), y que poseía habilidad para "expresar" la voluntad de las masas en su "correcta" ideología marxista. Un partido debe ser una organización voluntaria unida por lazos ideológicos. Un partido que ejerce un poder despótico no puede liberarse de la ideología que justifica su poder, y que, en ausencia de elecciones libres o de herencia del carisma monárquico, conformará la única base de su legitimidad. En tal sistema de gobierno, la ideología es absolutamente indispensable, sin importar quiénes, cuántos o cuán seriamente crean en ella, y continuará siendo así incluso si —como es hoy el caso en los países socialistas europeos—, tanto entre gobernantes como gobernados, prácticamente ya nadie cree en ella. Los líderes, evidentemente, no pueden permitirse expresar los principios reales y notorios de su política sin correr el riesgo de un colapso total del sistema de poder. La ideología estatal, en la que nadie cree, debe comprometer a todos los ciudadanos, a menos que se desintegre la estructura del Estado.

Esto no significa que las consideraciones ideológicas citadas para justificar cada paso en política práctica representen fuerzas reales e independientes ante las cuales Stalin y otros líderes se inclinaban. Sin embargo, sería injusto decir que éstas no limitan dicha política en cierta medida. El sistema soviético, tanto bajo Stalin como después de él, siempre ha seguido la **Realpolitik** de un gran imperio, y la ideología debe ser lo suficientemente vaga como para santificar cualquier política: NPE o colectivización, amistad con los nazis o guerra con ellos, amistad con China o condena de ella, apoyo a Israel o a los enemigos de Israel, guerra fría o distensión, mayor control o relajamiento en el régimen interno, culto oriental al sátrapa o su condena. Así y todo, es cierto que esta es una ideología que mantiene al Estado soviético y preserva su integridad.

Frecuentemente se ha dicho que el sistema totalitario soviético resulta incomprensible a menos que consideremos los fundamentos históricos de Rusia y sus bien marcados rasgos totalitarios. Los historiadores rusos del siglo XIX destacan la autonomía del Estado y su sorprendente control sobre la sociedad civil, opinión que fue respaldada luego por algunos marxistas rusos (Plekhanov, en su **Historia del Pensamiento Social en Rusia**; Trotsky, en su **Historia de la Revolución Rusa**). Con, posterioridad a la revolución, este pasado histórico fue repeti-

damente mencionado como la verdadera fuente del comunismo ruso (Berdyayev). Muchos autores (Kucharzewski fue uno de los primeros) vieron en la Rusia soviética una directa prolongación del régimen de los zares, incluyendo su política expansionista y su insaciable ambición por nuevos territorios, la "nacionalización" de todos los ciudadanos y la subordinación de todas las formas de la actividad humana a los objetivos del Estado. Numerosos historiadores han publicado estudios bastante convincentes sobre este tema (recientemente, R. Pipes y T. Szamuely), y yo no cuestiono sus conclusiones. Pero esto no basta para explicar la peculiar función de la ideología marxista en el sistema soviético. Incluso si llegáramos tan lejos como para admitir (al igual que Amalrik) que el marxismo en Rusia significó fundamentalmente inyectar sangre ideológica fresca en un imperio tembloroso, lo que le permitiría sobrevivir por un tiempo antes de desintegrarse definitivamente, aún no responderíamos la pregunta: ¿Cómo calzó el marxismo en esto? ¿Cómo pudo la filosofía marxista de la historia, con sus esperanzas manifiestas, sus objetivos y valores, proporcionar un arma ideológica a un estado totalitario, imperialista y chauvinista?

La filosofía marxista pudo hacerlo, lo hizo, y no necesitó ser esencialmente distorsionada para ello. Bastó con interpretarla.

El Estalinismo como Marxismo

Al discutir este punto, doy por supuesto que el pensamiento de Marx desde 1843 en adelante fue impulsado por los mismos valores para los cuales había estado buscando constantemente una forma de expresión cada vez mejor. Comparto así la opinión de quienes destacan la firme continuidad en el desarrollo intelectual de Marx y no creen en ningún cambio más o menos violento en la evolución de sus ideas más importantes. Ahora no puedo extenderme más en favor de tan discutible punto de vista, que, por cierto, no es en absoluto original.

A los ojos de Marx, el pecado original del hombre, su **felix culpa** —responsable tanto de los logros como de la miseria humanos— es la división del trabajo, con su inevitable resultado: la alienación del trabajo. La forma extrema del trabajo alienado es el valor de intercambio que domina todo el proceso de producción en las sociedades industriales. No son las necesidades humanas, sino la interminable acumulación de valores de intercambio en la forma de dinero lo que constituye la principal fuerza impulsora de los esfuerzos de producción. Se produce así la transformación de los seres humanos, sus cualidades y habilidades personales, en bienes comprados y vendidos, de acuerdo a las leyes anónimas del mercado, dentro del

sistema de trabajo remunerado. La división del trabajo generó, además, la estructura institucional alienada de las sociedades políticas modernas; produjo, por un lado, una inevitable separación entre la vida personal, egoísta y centrada en sí misma de los hombres en la sociedad civil, y por otro, su comunidad artificial y mistificada en la sociedad política. Como resultado de esto, la conciencia humana fue compelida a sufrir una distorsión ideológica: en vez de asegurar la vida humana y su propia función como "expresión" de la vida, construyó aparte su propio e ilusorio reino, destinado a perpetuar la existente separación. Al crear la propiedad privada y, por consiguiente, la división de la sociedad en clases hostiles que luchan por la distribución del excedente del producto, la alienación del trabajo dio finalmente origen a la clase que, representando la total deshumanización, está destinada a desmitificar la conciencia y a restaurar la perdida unidad de la existencia humana. El proceso revolucionario empieza haciendo añicos los mecanismos institucionales que protegen la situación laboral existente, y termina con una sociedad en que se han eliminado todas las fuentes básicas de conflicto y el proceso social ha sido subordinado a la voluntad colectiva de los individuos asociados. Estos últimos podrán desarrollar todas sus potencialidades personales no en contra de la comunidad, sino que para enriquecerla, habiéndose reducido progresivamente al mínimo el trabajo necesario y utilizado el tiempo libre en favor de la "creatividad" cultural y el esparcimiento de alto nivel.

El significado cabal de las luchas del pasado y del presente se encuentra sólo en la visión romántica de la humanidad perfectamente integrada del futuro. Esta unidad implica que la gente no necesitará de mecanismos mediadores que separan a los individuos de la especie como a un todo. El acto revolucionario que cerrará la "prehistoria" de la humanidad es inevitable y estará orientado por la libre voluntad, habiendo desaparecido la diferencia misma entre la libertad y necesidad en la conciencia del proletariado, clase que destruye el orden antiguo en el proceso de la toma de conciencia de su propio destino histórico.

Sospecho que tanto la anticipación de Marx en cuanto a la unidad perfecta de la humanidad como su mitología de la conciencia proletaria históricamente privilegiada fueron las responsables de que su teoría se haya transformado, con el tiempo, en una ideología del movimiento totalitario; y no porque él lo haya concebido así, sino más bien porque sus valores básicos difícilmente podrían haber sido materializados de otro modo. No es que la teoría de Marx no tuviera una visión de la sociedad del futuro, no es así. Mas incluso su poderosa imaginación fue incapaz de concebir la transición desde la prehis-

toria a la "verdadera historia" e idear una tecnología social adecuada que convirtiera a la primera en esta última. Tal brecha debía ser llenada por líderes prácticos, lo que necesariamente implicaría agregar nuevos elementos y especificaciones a la doctrina heredada.

Al soñar con una humanidad perfectamente integrada, Marx no fue —hablando correctamente— un seguidor de Rousseau; éste no creía que alguna vez fuera posible restaurar la perdida y espontánea identidad de cada individuo con la comunidad, ni tampoco borrar el veneno de la civilización de la memoria humana en el futuro. Marx creía precisamente eso, no porque fuera posible o conveniente un retorno a la felicidad primitiva del salvajismo y un rechazo de la civilización, sino porque pensaba que el irremisible progreso de la tecnología vencería a la postre (dialécticamente) su propia destructividad, ofreciendo a la humanidad una nueva armonía, basada en la liberación de la necesidad en vez de la supresión de las necesidades (en este aspecto compartía las esperanzas de los seguidores de Saint-Simon).

La humanidad liberada postulada por Marx no necesitaría de ningún mecanismo establecido por la sociedad burguesa para mediar y regular los conflictos de los individuos entre sí o entre éstos y la sociedad, lo que significa: ley, Estado, democracia representativa y libertad negativa, tal como es concebida y proclamada en la Declaración de los Derechos Humanos. Todos estos mecanismos son típicos de una sociedad económicamente gobernada por el mercado, constituida por individuos aislados con intereses antagónicos, y que trata de mantener su estabilidad con la ayuda de tales instrumentos. El Estado y su estructura legal protegen la propiedad burguesa con medios coercitivos e imponen reglas en los conflictos; su misma existencia presupone una sociedad donde los deseos y las actividades humanas están obviamente en conflicto. El concepto liberal de libertad implica que "mi" libertad limita inevitablemente la libertad de mis semejantes, como es efectivamente el caso si la esfera de la libertad coincide con el tamaño de la propiedad. Cuando el sistema de propiedad colectiva reemplaza al orden burgués, estos mecanismos pierden su razón de ser. Los intereses individuales convergen con los intereses generales; no es forzoso mantener el equilibrio inestable de la sociedad con reglamentos que definan los límites de la libertad individual. No sólo se eliminan los instrumentos "rationales" de la sociedad liberal: también los vínculos tribales o nacionales, heredados del pasado, desaparecerán pronto en el mismo proceso, y en este aspecto el orden capitalista pavimenta el camino al comunismo: las antiguas lealtades irracionales se desmoronarán igualmente, tanto bajo el poder cosmopolita del capital que como resultado de la conciencia internacional del proletariado.

El término de este proceso será una comunidad donde no quede nada aparte de los individuos y la especie humana como un todo, en que los hombres identificarán claramente sus propias vidas, habilidades y actividades como fuerzas sociales. De este modo, para experimentar tal identidad no necesitarán de la injerencia de ninguna institución política ni de vínculos nacionales tradicionales.

¿Cómo se lograría esto? ¿Existe alguna técnica de transubstanciación social? Marx no respondió esta pregunta, y parece que, desde su punto de vista, ella estaría mal planteada. No se trata de buscar la técnica de ingeniería social adecuada después de haber esbozado un cuadro arbitrario de la sociedad deseada, sino de identificar y "expresar" teóricamente las fuerzas sociales en juego, fuerzas que tienden hacia tal sociedad. Y expresarlas significa reforzar prácticamente su energía, proporcionarles un efectivo conocimiento de sí mismas y permitirles identificarse conscientemente.

La interpretación práctica del mensaje marxista ofrecía diferentes posibilidades, dependiendo de los valores considerados fundamentales para la doctrina y de los planteamientos que supuestamente daban la clave de todo. No parece haber nada incorrecto en la interpretación que llegaría a ser la versión leninista-estalinista del marxismo y que podría reconstruirse de la siguiente forma:

El marxismo es un cuerpo doctrinario global que corresponde a la conciencia de clases del proletariado en su forma madura y teóricamente elaborada. El marxismo es verdadero gracias a su valor "científico" y también gracias a que articula las aspiraciones de la clase social "más progresista". La diferencia entre "verdad" en el sentido genético y en el sentido corriente de la palabra ha sido siempre poco clara en la doctrina. Se daba por supuesto que el "proletariado", en virtud de su misión histórica, tenía una posición cognoscitiva privilegiada, de manera que su visión de la "totalidad" social debía ser correcta. Y así lo que se suponía que era "progresista" se transformó automáticamente en "verdadero", sin importar si tal verdad podía ser o no ratificada con procedimientos científicos universalmente reconocidos. Esta era una forma simplificada del concepto marxista de la conciencia de clase. El hecho de que el partido se declarara el único poseedor de la verdad, sin duda no derivó automáticamente de tal concepto; dicha ecuación requería además la noción de partido específicamente leninista. Sin embargo, no había nada de antimarxista en dicha noción. Si bien es cierto que Marx no elaboró ninguna teoría del partido, tenía el concepto de un grupo de vanguardia que debía articular la conciencia latente de la clase obrera, y efectivamente consideró su propia teoría como una expresión de tal conciencia. De Kautsky tomaría Lenin la idea de que la

"adecuada" conciencia revolucionaria de la clase obrera debía ser introducida gradualmente desde afuera en el movimiento espontáneo de los trabajadores, idea a la que agregó importantes elementos: dado que sólo pueden existir dos ideologías básicas en una sociedad dividida por la lucha de clases entre burguesía y proletariado, se deduce que una ideología que no es proletaria, es decir, que no es idéntica a la ideología del partido de vanguardia, necesariamente será burguesa. Y de este modo, considerando que los trabajadores son incapaces de lograr con sus propias fuerzas su propia ideología de clase, están destinados a producir una ideología burguesa; en otras palabras, lo que la conciencia empírica, "espontánea" de los trabajadores puede producir es esencialmente una **Weltanschauung** burguesa. Por consiguiente, el partido marxista representa el único vehículo de la verdad absolutamente independiente de la conciencia empírica (y, por definición, burguesa) de los trabajadores (excepto por el hecho de que el partido debe a veces hacer ciertas concesiones tácticas a fin de no adelantarse demasiado al proletariado cuando solicita su apoyo). Lo cual sigue siendo válido después de la toma del poder. Como único poseedor de la verdad, el partido no sólo puede descartar por completo (excepto en un sentido táctico) la conciencia empírica inevitablemente inmadura de las masas, sino que no podría hacer otra cosa sin traicionar su misión histórica. Conoce las "leyes del desarrollo histórico" y las relaciones adecuadas entre la "base" y la "superestructura"; por consiguiente, es perfectamente capaz de determinar aquello que en la conciencia empírica, auténtica del pueblo, merece ser destruido como una "reliquia", un residuo del pasado. Evidentemente, no sólo las ideas religiosas caen en esta categoría, sino también todo aquello que hace que la mente del pueblo tenga un contenido diferente al de la mente de los líderes. La dictadura sobre las mentes **es** completamente justificada dentro de tal concepto de conciencia proletaria; el partido sabe realmente mejor cuáles son los verdaderos (en oposición a empíricos) deseos, intereses y pensamientos de la sociedad. Una vez que el espíritu del partido ha encarnado perfectamente en un líder (como máxima expresión unitaria de la sociedad), tenemos la última ecuación: verdad = conciencia proletaria = marxismo = ideología del partido = ideas de los líderes del partido = decisiones del jerarca. La teoría que postula que el proletariado posee una especie de privilegio cognoscitivo, termina afirmando que el camarada Stalin nunca se equivoca. Y nada hay que sea no-marxista en esta ecuación.

El concepto de que el partido es el único poseedor de la verdad fue firmemente respaldado, por cierto, por la expresión "dictadura del proletariado", que Marx casualmente empleó dos o tres veces sin explicación. Bien sostuvieron Kautsky, Martov y

otros socialdemócratas que Marx al usar el término "dictadura" no se refería a la forma de gobierno, sino que a su contenido de clase y que no había opuesto la "dictadura" a un Estado democrático. Pero Marx no dijo específicamente nada de este tipo al respecto, y obviamente nada había de malo en tomar la palabra "dictadura" en su valor nominal, significando precisamente aquello que Lenin quería decir y dijo expresamente: un imperio plenamente basado en la violencia y no limitado por la ley.

Luego del problema del "derecho histórico" del partido para imponer su despotismo en todos los ámbitos de la vida social, el inconveniente del contenido de tal despotismo fue resuelto básicamente en armonía con las predicciones marxistas. La humanidad liberada debía eliminar la distinción entre sociedad civil y Estado, anular todos los instrumentos mediadores que impedían a los individuos alcanzar la perfecta identidad con el "todo", abolir la libertad burguesa que implicaba antagonismos de intereses privados y suprimir el sistema de trabajo remunerado que obligaba a los trabajadores a venderse como mercancías. Pero Marx no explicó concretamente cómo alcanzar dicha unidad, excepto en un punto irrefutable: la expropiación de los expropiadores, es decir, la abolición de la propiedad privada de los medios de producción. Se podría y debería argumentar que una vez realizado este acto histórico de expropiación, los conflictos sociales restantes no serán sino la expresión de una mentalidad retardataria (burguesa) que ha sobrevivido de la antigua sociedad. Mas el partido conoce el contenido de la mentalidad correcta correspondiente a las nuevas relaciones de producción, y está naturalmente autorizado para suprimir todo fenómeno que esté en desacuerdo con dicho contenido.

¿Qué técnica es, en realidad, la adecuada para alcanzar tan ansiada unidad? Su base económica ha sido establecida. Podría decirse, según Marx, que la sociedad civil no debería ser suprimida ni reemplazada por el Estado, sino, más bien, que debe ser reducido su ámbito; el gobierno político se tornaría, entonces, superfluo, conservando sólo la "administración de las cosas". Pero siendo el Estado, por definición, un instrumento de la clase obrera en su camino al comunismo, éste no podría utilizar su poder —también por definición— contra las "masas trabajadoras", sino solamente contra las "reliquias" de la sociedad capitalista. ¿Y cómo podría la "administración de las cosas", o administración económica, no implicar el uso y distribución del poder laboral, es decir, de todos los trabajadores? El trabajo remunerado (y esto significa un mercado libre de la fuerza laboral) debe ser eliminado, y así aconteció de hecho. ¿Pero qué ocurre si la gente no desea trabajar sólo bajo el ímpetu del entusiasmo comunista? Si así fuere, ello significaría,

evidentemente, que están encarcelados en la conciencia burguesa, que debe ser suprimida por el Estado. Por consiguiente, la forma práctica de abolir el trabajo remunerado consistirá en reemplazarlo por coerción. ¿Cómo poner en práctica la integración de la sociedad civil y política si sólo la sociedad política expresa la voluntad "correcta" del pueblo? Todo aquello que se oponga a tal voluntad conformará de nuevo, por definición, la resistencia del orden capitalista; de este modo, la destrucción de la sociedad civil por parte del Estado constituirá el camino adecuado hacia la unidad. Quienquiera que sostenga que primero es preciso educar al pueblo para que éste coopere libremente y sin coacción, debe responder antes la siguiente pregunta: ¿Cuándo y cómo puede tener éxito una educación de este tipo? Ciertamente, se opone a la teoría de Marx esperar que tal educación sea factible dentro de una sociedad capitalista, donde los trabajadores sufren la aplastante influencia de la ideología burguesa (¿no dijo acaso Marx que las ideas de la clase gobernante son las ideas gobernantes? ¿No es una mera utopía esperar una transformación total de la sociedad en un orden capitalista?). Luego de la toma del poder, la educación será la tarea de la vanguardia más ilustrada de la sociedad; la coacción se empleará sólo contra la "supervivencia del capitalismo". Y así no habrá necesidad de establecer una distinción entre la producción del "hombre nuevo" del socialismo y la coerción absoluta; por consiguiente, la distinción entre liberación y esclavitud deberá permanecer en tinieblas.

El problema de la libertad (en el sentido "burgués") se torna, pues, irrelevante para la nueva sociedad. ¿Acaso no dijo Engels que la verdadera libertad debía definirse como la medida en que el pueblo sea capaz de dominar su ambiente natural y de regular conscientemente los procesos sociales? De ser así, entonces, en primer lugar, mientras más avanzada tecnológicamente sea una sociedad, más libre será; y en segundo lugar, mientras mayor sea la vida social sometida a la dirección unificada, más libre será también. Engels no aclaró si tal regulación implicaría necesariamente elecciones libres y otras maquinaciones de ese tipo. No hay razón para sostener que una sociedad totalmente regulada por un centro de poder despótico no sea perfectamente libre en este particular sentido de la palabra libertad.

Y hay muchas citas de Marx y Engels que apuntan a que, durante el curso de la historia humana, en una sociedad determinada, la "superestructura" estaba al servicio de las correspondientes relaciones de propiedad; que el Estado no es "nada más" que una herramienta para mantener intactas las relaciones de producción existentes; que la ley no puede ser más que un arma del poder de una clase. No hay nada incorrecto en concluir que esta situación se mantiene, al menos mientras

el comunismo en su forma absoluta no haya dominado totalmente la Tierra. En otras palabras, la ley representa un instrumento del poder político del "proletariado", y dado que la ley es sólo una técnica para ejercer el poder y que, con bastante frecuencia, su principal tarea consiste en amparar la violencia y engañar al pueblo, ninguna diferencia hay en que la clase victoriosa gobierne con ayuda de la ley o sin ella; lo que importa es el contenido de clase del poder y no su "forma". Más aún, parece bastante válida la conclusión en el sentido de que la nueva "superestructura" debe servir a la nueva "base", lo que significa, entre otras cosas, que la vida cultural como un todo debería estar íntegramente subordinada a los "objetivos" políticos, tal como son definidos por la "clase gobernante" que se expresa por boca de su sector más consciente. Por lo tanto, se puede sostener que el servilismo universal, como principio de la vida cultural en el sistema estalinista, es una consecuencia propia de la teoría "base-superestructura". Lo mismo se aplicaría a las ciencias; nuevamente, ¿no dijo Engels que las ciencias no podían dejarse solas, sin orientación filosófica teórica, y ello para evitar que cayeran en todo tipo de absurdos empíricos? Esta fue, en realidad, la razón que muchos filósofos y líderes del partido soviético invocaron desde un principio para justificar para su filosofía, es decir, la ideología del partido, el derecho a controlar todas las ciencias (en su contenido y no sólo en su campo de interés). En los años veinte, Karlo Korsch ya había señalado la evidente relación entre la supremacía de la filosofía y el sistema soviético de tiranía ideológica sobre las ciencias.

Muchos marxistas críticos decían: "Eso constituía una caricatura del marxismo". No lo niego. Añadiría, sin embargo, que se puede hablar significativamente de "caricatura" sólo en la medida en que algo se parece al original, como ocurre en este caso. Tampoco podría negar el hecho evidente de que el pensamiento de Marx es mucho más rico, mucho más diferenciado y mucho más sutil de lo que podría suponerse, basándose en unas pocas citas constantemente repetidas en la ideología leninista-estalinista para justificar el sistema soviético de poder. Sin embargo, diría que tales citas no fueron distorsionadas en nada esencial; que la ideología soviética hizo del esqueleto seco del marxismo, despojado de su complejidad, un plano bien simplificado, pero no falsificado para construir la nueva sociedad.

No es invención de Stalin que la teoría del comunismo puede resumirse en su totalidad en una simple frase: "Abolición de la propiedad privada"; o que no puede seguir existiendo trabajo remunerado cuando ya no hay capital, o que el Estado debe tener el control centralizado sobre todos los medios de producción, o que las hostilidades nacionales deben desaparecer junto con el antagonismo de clases. Como sabemos, todas estas

ideas aparecen claramente formuladas en el **Manifiesto Comunista**. Tomadas en conjunto, no sólo sugieren, sino que realmente dan a entender que la sociedad sería esencialmente libre si las fábricas y la tierra pertenecieran al Estado, y esto es lo que se esperó que sucediera en Rusia. Lenin, Trotsky y Stalin postulaban precisamente esto.

En realidad, Marx pensaba firmemente que la sociedad humana no sería "liberada" sin alcanzar la unidad. Y a excepción del despotismo, no se conoce ninguna otra técnica para lograr la integración de la sociedad; ninguna otra forma de suprimir la tensión entre la sociedad civil y la política que no sea la supresión de la sociedad civil; ninguna otra manera de eliminar los conflictos entre el individuo y "el todo" que no sea la destrucción del individuo; ningún otro camino hacia la libertad "superior" y "positiva" —en oposición a la libertad "burguesa" y "negativa"— que no sea la liquidación de esta última. De ser cierto que toda la historia humana debe concebirse en términos de clases —que todos los valores, todas las instituciones legales y políticas, las ideas, normas morales, creencias religiosas y filosóficas, creación artística, etc., no son "nada más" que instrumentos al servicio de los "verdaderos" intereses de clase (y en las obras de Marx hay muchos párrafos al respecto)— sería efectivo también que la nueva sociedad tendría que empezar con el violento rompimiento de la continuidad cultural con la antigua (en realidad, parece imposible romper por completo la continuidad; en la sociedad soviética se aceptó desde un principio una continuidad selectiva; la búsqueda radical de la "cultura proletaria" fue sólo una extravagancia de corta duración, nunca respaldada por los dirigentes. El énfasis en la continuidad selectiva se fortaleció con el desarrollo del Estado soviético, principalmente como resultado de su carácter crecientemente nacionalista).

Tengo la sospecha de que las utopías (es decir, las visiones de una sociedad perfectamente integrada) no son sólo impracticables, sino que, además, se tornan contraproducentes cuando se intenta crearlas por vías institucionales; esto debido a que libertad y unidad institucionalizadas se oponen entre sí, y que una sociedad privada de libertad sólo puede ser unificada frenando la expresión de los conflictos, no los conflictos mismos, y sin que se logre, por tanto, una unidad real.

No excluyo la importancia de los cambios producidos en los países socialistas después de la muerte de Stalin, aun cuando sostengo que la constitución política de tales países se ha mantenido intacta. El punto es que admitir, aunque sea de mala gana, un impacto limitado del mercado sobre la producción —abandonando o aflojando el rígido control ideológico en ciertas áreas de la vida— equivale a renunciar a la visión marxista de integración. Todos estos cambios revelan más bien

lo impracticable de tal visión, y difícilmente podrían interpretarse como síntomas de un retorno al "verdadero" marxismo, sin que importe, por tanto, lo que Marx "habría dicho".

En la historia del problema hay otro argumento —ciertamente no concluyente— en favor de la interpretación expuesta. Sería absolutamente falso decir que "nadie predijo" tal resultado del socialismo humanista marxista. Mucho antes de la revolución socialista hubo escritores anarquistas que efectivamente predijeron que una sociedad basada en los principios ideológicos de Marx desembocaría en la esclavitud y el despotismo. Al menos en este aspecto, la humanidad no puede quejarse de que la Gran Historia la haya engañado y sorprendido con relaciones impredecibles entre los hechos.

El tema que hemos analizado constituye un problema de "factores genéticos versus factores ambientales" en el contexto social. Es muy difícil distinguir el rol que debe asignarse a cada uno de tales factores, incluso en una investigación genética, cuando las propiedades investigadas no pueden definirse con precisión o son más bien de carácter intelectual que físico (por ejemplo, la "inteligencia"). Esto es tanto más cierto al discutir la respectiva influencia de las circunstancias "genéticas" y "ambientales" en la herencia social (una ideología heredada versus las condiciones contingentes en que la gente trata de aplicarla). Es de sentido común afirmar que en cada caso particular ambos factores están en juego y que no hay forma de calcular su importancia relativa y de expresarla en términos cuantitativos. Afirmar que los "genes" (ideología heredada) son íntegramente responsables de la personalidad actual del niño sería evidentemente tan necio como afirmar que dicha personalidad podría ser explicada exclusivamente por el "medio ambiente", es decir, por acontecimientos históricos contingentes (en el caso del estalinismo, ambas interpretaciones extremas son expresadas respectivamente al decir que el estalinismo no fue en realidad "nada más que" marxismo o "nada más que" la continuación del imperio de los zares). A pesar de nuestra incapacidad para efectuar un cálculo y de atribuir a cada conjunto de factores su "justa proporción", razonablemente podemos preguntarnos si la forma madura fue anticipada por las condiciones "genéticas".

La continuidad que he tratado de reconstruir entre el marxismo y el estalinismo aparece aún más definida, en líneas generales, cuando analizamos la transición desde el leninismo al estalinismo.

No sólo las facciones no bolcheviques (los mencheviques, para no hablar de los liberales) pronosticaron con bastante precisión, justo después de 1917, la tendencia inherente al bolchevismo y su resultado, sino que pronto el carácter despótico del nuevo sistema fue atacado desde el interior del mismo par-

tido, mucho antes que el estalinismo se estableciera definitivamente (la "oposición de los trabajadores", entonces la oposición de izquierda, vale decir, Rakowsky). La tardía respuesta de Trotsky a los mencheviques, que en los años treinta vieron confirmadas todas sus predicciones ("Nosotros lo dijimos"), es patéticamente poco convincente. De acuerdo, dijo, efectivamente, ellos predijeron lo que pasaría, pero estaban completamente equivocados; creían que el despotismo vendría como resultado del gobierno bolchevique. Ahora ha llegado, pero como resultado de un golpe burocrático. **Qui vult decipi, decipiatur.**